

enarbolar la cruz en Santa Sofía; pues bien, continuad disciplinando hordas de turcos, albaneses, negros y árabes, y antes de veinte años tal vez brillará la media luna en la cúpula de San Pedro. ¿Llamaréis, entonces, a Europa a una cruzada contra infieles armados de la peste, de la esclavitud y del Corán? Será demasiado tarde.

»Los intereses generales de la sociedad ganarían, por lo tanto, con el triunfo de las armas del emperador Nicolás.

»En cuanto a los intereses particulares de Francia, he demostrado ya suficientemente que existían en una alianza con Rusia, y que podían ser favorecidos especialmente con la guerra misma que esta potencia sostiene hoy en Oriente.»

RESUMEN, CONCLUSIÓN Y REFLEXIONES

«Voy a reasumirme:

»1.º Turquía consiente en negociar sobre las bases del tratado de 6 de julio, sin haberse resuelto nada definitivo, y no habiéndose celebrado la paz entre Turquía y Rusia; las vicisitudes de la guerra en los desfiladeros de los Balcanes cambiarán a cada momento las instrucciones y la posición de los plenipotenciarios ocupados en la emancipación de Grecia.

»2.º Las condiciones probables de la paz entre el emperador Nicolás y el sultán Mahmud están sujetas a las mayores objeciones.

»3.º Rusia puede despreciar la unión de Inglaterra y Austria, unión más formidable en apariencias que en realidad.

»4.º Es probable que Prusia se reunirá más bien al emperador Nicolás, yerno de Federico Guillermo III, que a los enemigos del emperador.

»5.º Francia podrá perderlo todo, y no ganará nada aliándose con Inglaterra y Austria contra Rusia.

»6.º La independencia de Europa no se verá amenazada en lo sucesivo por la conquista de los rusos en Oriente. Es una cosa verdaderamente absurda que, sin tener en cuenta ninguna clase de obstáculos, se haga acudir a los rusos del Bósforo para imponer su yugo a Alemania y a Francia: todo imperio se debilita extendiéndose. En cuanto al equilibrio de fuerzas, hace tiempo que fué roto por Francia; ella ha perdido sus colonias, ella se encuentra encerrada en sus

antiguos límites, en tanto que Inglaterra, Prusia, Rusia y Austria se han engrandecido prodigiosamente.

»7.º Si Francia se veía obligada a salir de su neutralidad y a tomar las armas por un partido o por otro, tanto los intereses generales de la civilización, como los intereses particulares de nuestra patria, nos aconsejan entrar preferentemente en la alianza rusa. Por medio de ella podremos obtener el curso del Rin por fronteras y colonias en el Archipiélago, ventajas que no nos concederán nunca los gabinetes de Saint-James y de Viena.

»Tal es el resumen de esta *Nota*. Sólo he podido raciocinar hipotéticamente: no sé lo que Inglaterra, Austria y Rusia proponen o han propuesto en los momentos en que escribo: quizás haya un informe, un despacho, que reduzcan a generalidades inútiles las verdades aquí expuestas: éste es el inconveniente de las distancias y de la política conjetural. Sin embargo, queda demostrado que la posición de Francia es fuerte; que el gobierno se halla en el caso de sacar el mayor partido de los sucesos, si medita bien lo que quiere, si no se deja intimidar por nadie, si a la firmeza del lenguaje reúne el vigor de la acción. Tenemos un monarca venerado, un heredero del trono que aumentaría sobre las orillas del Rin, con trescientos mil hombres, la gloria que ha recogido en España: nuestra expedición de Morea nos hace representar un honroso papel, nuestras instituciones políticas son excelentes, nuestra hacienda se encuentra en un estado de prosperidad sin ejemplo en Europa: con esto se puede caminar con la cabeza erguida. ¡Qué país aquel que posee el genio, el valor, los brazos y el dinero!

»Por otra parte, yo no pretendo haberlo dicho todo, haberlo previsto todo: no tengo la presunción de considerar mi sistema como el mejor: sé que hay en los asuntos humanos algo de misterioso e incomprensible. Si es cierto que puedan anunciarse los resultados últimos y generales de una revolución, también lo es que se engaña uno en los detalles; que los acontecimientos particulares se modifican frecuentemente de un modo inesperado, y que al ver el objeto se llega a él por caminos cuya existencia ni siquiera se sospechaba. Es cierto, por ejemplo, que los turcos serán arrojados de Europa; pero, ¿cuándo y de qué manera? ¿La guerra actual libraré al mundo civilizado de ese azote? ¿Los obstáculos que

he presentado para la paz, son insuperables? Sí, si atendemos a los raciocinios análogos: no, si hacemos entrar en cálculo circunstancias extrañas a las que han ocasionado el tomar las armas.

»Casi nada se asemeja hoy a lo que ha sido: excepto de la religión y de la moral, la mayor parte de las verdades han cambiado, si no en su esencia, al menos en sus relaciones con las cosas y los hombres. D'Ossat es todavía considerado como negociador hábil; Grocio como publicista de genio; Pufendorf como hombre sensato; pero no podrían aplicarse a nuestra época las reglas de su diplomacia, ni sería posible volver por el derecho político de Europa al tratado de Westfalia. En la mayor parte de los tronos y en la mayoría de los gabinetes de Europa hay sentados hombres cansados de revoluciones, hartos de guerra y refractarios a todo espíritu aventurero: éstos son otros tantos motivos de esperanza para un arreglo pacífico. También pueden surgir en las naciones complicaciones interiores que las dispongan a medidas conciliadoras.

»La muerte de la emperatriz viuda de Rusia podía hacer germinar semillas de revueltas que no están enteramente sofocadas. Esta princesa se ocupaba poco en la política exterior; pero era un lazo entre sus hijos, y se la ha considerado como influyente poderosa en las transacciones que dieron la corona al emperador Nicolás. No obstante, hay que confesar que si Nicolás volviera a temer, esto sería un motivo más para él de llevar a sus soldados fuera del suelo natal, y buscar su seguridad en la victoria.

»Inglaterra, independientemente de su deuda, que entorpece sus movimientos, se encuentra molesta con los asuntos de Irlanda: ya se apruebe o no en el parlamento la emancipación de los católicos, esto será un suceso inmenso. En esta posición precaria y crítica es probable que Inglaterra desee sinceramente la paz, y tema precipitarse en las eventualidades de una gran guerra, en la que se vería sorprendida por catástrofes interiores.

»En fin: nosotros mismos, no obstante nuestras prosperidades reales e indisputables; a pesar de que podemos presentarnos con brillantez en un campo de batalla, si nos vemos obligados a ello, ¿estamos enteramente dispuestos a acudir a él? ¿Están preparadas nuestras plazas fuertes? ¿Tenemos el material necesario para un ejército numeroso? ¿Se

encuentra este ejército completado aun bajo el pie de paz? Si nos viéramos despertados bruscamente por una declaración de guerra de Inglaterra, Prusia y los Países Bajos, ¿podríamos oponernos eficazmente a una tercera invasión? Las guerras de Bonaparte han divulgado un secreto fatal, y es que se puede llegar en algunas jornadas de marcha a París, después de una victoria; que París no se defiende, y que ese mismo París está demasiado cerca de la frontera. La capital de Francia no se encontrará a cubierto sino cuando poseamos la orilla izquierda del Rin. Podemos, pues, necesitar algún tiempo para prepararnos.

»Si algunas de esas razones que salen fuera de la previsión humana ocasionaran durante este invierno demandas de negociaciones, ¿habría que rechazarlas porque no estuvieran en consonancia con los principios de esta *Nota*? No por cierto: ganar tiempo es un gran arte, cuando no está uno preparado. Puede saberse lo que hay de mejor y contentarse con lo menos malo: las verdades políticas, sobre todo, son relativas: lo absoluto, en asuntos de Estado, tiene graves inconvenientes. Sería una fortuna para la especie humana que los turcos fueran arrojados del Bósforo; pero nosotros no estamos encargados de la expedición, y quizás no haya sonado aún la hora del mahometismo: el odio mismo debe ser ilustrado para no cometer torpezas. Nada, pues, debe impedir a Francia entrar en negociaciones, procurando acercarlas lo más posible al espíritu en que se halla redactada esta *Nota*. A los hombres que dirigen el timón de los imperios es a quienes toca gobernarlos, según los vientos para evitar los escollos.

»Seguramente si el poderoso soberano del Norte consintiera en reducir las condiciones de la paz a la ejecución del tratado de Akkerman y a la emancipación de la Grecia, sería probable hacer entrar en razón a la Puerta; pero, ¿qué probabilidades hay de que Rusia se limite a condiciones que habría podido obtener sin disparar un solo cañonazo? ¿Cómo ha de abandonar sus pretensiones, expresadas de una manera tan pública? Un solo medio, caso de haberlo, podría presentarse: proponer un congreso general, en el que el emperador Nicolás cediera o aparentara ceder a los deseos de la Europa cristiana. El medio de éxito con los hombres, es dejar a salvo su amor propio, proporcionándoles una razón para que puedan

apartarse de su palabra, y salir de un mal paso con honor.

»El mayor obstáculo para el proyecto de un congreso nacería del inesperado triunfo de las armas otomanas durante el invierno. Que por el rigor de la estación, por falta de viveres, por insuficiencia de tropas o por cualquiera otra circunstancia se vean los rusos obligados a levantar el sitio de Silistria; que Varna (lo cual no es siquiera probable) vuelva a poder de los turcos, y el emperador Nicolás se encontraría en una posición que no le permitiría ya dar oídos a ninguna proposición, so pena de descender a ser el último de los reyes; entonces continuaría la guerra y volveríamos a entrar en las eventualidades deducidas en esta *Nota*. Con perder Rusia su punto como potencia militar y reemplazarle en él Turquía, no haría Europa más que cambiar de peligro. Ahora bien; el peligro que nos amenazaría con la cimitarra de Mahmud sería de una especie mucho más temible que el que pudiéramos temer de la espada de Nicolás. Si la suerte llega a colocar un príncipe notable sobre el trono de los sultanes, no puede vivir bastante tiempo para cambiar las leyes y las costumbres, aunque tuviera propósitos de hacerlo. Mahmud morirá; ¿y a quién dejará el imperio, con sus soldados fanáticos disciplinados, con sus ulemas que disponen, por su iniciación en la táctica moderna, de un nuevo medio de conquista para el Corán?

»Mientras que asustada al fin Austria de sus falsos cálculos se vería precisada a guardarse en fronteras donde los genizaros nada le dejaban que temer, una nueva insurrección militar, resultado posible de la humillación de las armas de Nicolás, estallaría tal vez en San Petersburgo, y comunicándose de unos en otros pondría fuego al Norte de Alemania. Eso es lo que desconocen los hombres que tratándose de política se han detenido en temores vulgares y en lugares comunes. Despachos y pequeñas intrigas son las barreras que Austria pretende oponer a un movimiento que amenaza todo. Si Francia e Inglaterra tomasen un partido digno de ellas; si notificasen a la Puerta que en el caso de que el sultán cerrara los oídos a toda proposición de paz los hallaría sobre el campo de batalla en la primavera, esta resolución habría puesto pronto término a las ansiedades de Europa.»

Al ver conocida en el mundo diplomá-

tico la existencia de esta *Memoria*, me atrajo una consideración que yo no rechazaba, pero que tampoco ambicionaba. No acierto a comprender la que sorprendería a los *positivos*; mi guerra de España era una cosa *muy positiva*. El trabajo incesante de la revolución general que se había operado en la vieja sociedad, ocasionando entre nosotros la caída de la legitimidad, ha trastornado cálculos subordinados a la permanencia de los hechos, tales como existen en 1828.

¿Queréis convenceros de la enorme diferencia de mérito y de gloria entre un gran escritor y un gran político? Mis trabajos diplomáticos fueron sancionados por lo que se reconoce como la habilidad suprema; es decir, por el *éxito*. Todo el que llegue a esta *Memoria*, la pasará sin duda por alto, y yo haría lo mismo en el lugar de los lectores. Pues bien; supongamos que en vez de ese pequeño trabajo de cancillería se encontrara en este escrito algún episodio por el estido de Homero o de Virgilio, aun cuando el cielo me hubiera concedido su genio, ¿creéis que se pasarían por alto los amores de Dido en Cartago, o las lágrimas de Píramo en la tienda de Aquiles?

A madama Recamier.

«Roma, miércoles 10 de diciembre de 1828.

»He ido a la *Academia Tiberina*, de la que tengo el honor de ser miembro. He escuchado discursos muy eruditos y bellísimos versos. ¡Cuánta inteligencia perdida! Esta noche tiene lugar mi gran *recevimento*; estoy consternado al escribirle.»

«11 de diciembre.

»El gran *recevimento* se hizo a las mil maravillas. La señora de Chateaubriand está encantada, porque hemos tenido a todos los cardenales de la tierra. Toda Europa, en Roma, estaba allí con Roma. Ya que me veo condenado por algunos días a este oficio, quiero desempeñarlo tan bien como cualquier otro embajador. Los enemigos no quieren ningún género de triunfo ni aun de los más miserables, y es castigarlos salir bien en un género en el que ellos se creen sin igual. El sábado próximo me transformo en canónigo de San Juan de Letrán, y el domingo convidaré a comer a mis cofrades.

Hoy ha tenido lugar una reunión más de mi gusto: como en casa del señor Guerin con todos los artistas, y acordaremos su monumento para el Poussin. Un joven discípulo de gran talento, el señor Desprez, hará el bajo relieve, tomado de un cuadro del gran pintor, y el señor Lemoine ejecutará el busto. No faltan aquí más que manos francesas.

»Para completar mi historia de Roma, ha llegado la señora de Castries. Es también una de esas jóvenes que tuve cuando niñas sobre mis rodillas, como a Cesarina, la señora de Barante. Esta pobre mujer está muy cambiada; sus ojos se inundaron de lágrimas cuando le recordé su infancia en Lormois. Me parece que no hay ya encanto en la viajera. ¡Qué aislamiento! ¿Y por quién? Lo que encuentro mejor es ir a buscar a usted cuanto antes. Si mi Moisés descendiese de la montaña le pediría uno de sus rayos, para aparecer a los ojos de usted resplandeciente y rejuvenecido.»

«Sábado 13.

»Mi comida en la Academia se ha verificado perfectamente. Los jóvenes se mostraban satisfechos: un embajador comía *entre ellos* por la primera vez: les he anunciado el monumento al Poussin, y esto es como si honrara ya sus cenizas.»

A la misma.

«Jueves 18 de diciembre de 1828.

»En vez de perder mi tiempo y el de usted refiriéndole los hechos y circunstancias de mi vida, prefiero enviarle los consignados en el diario de Roma. Otros doce meses caen ya sobre mi cabeza. ¿Cuándo podré descansar? ¿Cuándo dejaré de perder en los grandes caminos los días que se me habían concedido para hacer de ellos mejor uso? Gasté continuamente en tanto que he sido rico: creía el tesoro inagotable. Ahora, al ver cuánto ha disminuído, y cuán poco tiempo me resta que poner a sus pies, siento oprimírseme el corazón. Pero, ¿no hay una larga existencia después de la de la tierra? Cien veces he consagrado a usted mis proyectos y mi porvenir. Ruinas, salud, pérdida de toda ilusión, todo me dice: «Anda, retírate y concluye.» Al fin de mi jornada no encuentro más que a usted. Ha deseado que señalara mi paso por Roma; ya está hecho: F.—A. de Ch.

a Nicolás Poussin, para gloria de las artes y honor de Francia. ¿Qué me queda ya que hacer aquí? Nada, sobre todo después de haberme suscrito por la suma de cien ducados al monumento del hombre que más ama usted, según dice, *después que a mí*: el Taso.»

«Roma, sábado 3 de enero de 1829.

»Vuelvo a mis felicitaciones de año nuevo: ¡qué el cielo le conceda salud y larga vida! No me olvide; así lo espero, porque se acuerda bien del señor de Montmorency y de madama de Staël: tiene usted la memoria tan buena como el corazón. Decía yo a la señora Salvage que no conocía en la tierra nada tan bello ni mejor que usted.

»Pasé ayer una hora con el papa. Hablamos de todo, y de los asuntos más elevados y graves. Es hombre muy distinguido e ilustrado, y príncipe lleno de dignidad. Sólo faltaba a las aventuras de mi vida política estar en relaciones con un soberano pontífice: esto completa mi carrera.

»¿Quiere usted saber exactamente lo que hago? A las cinco y media me levanto; me desayuno a las siete; a las ocho paso a mi despacho, escribo a usted o concluyo algún asunto, si los hay (los detalles para los establecimientos franceses y para los pobres franceses son bastante grandes); al medio día salgo a pasear dos o tres horas entre ruinas, o a San Pedro, o al Vaticano. A veces hago alguna visita obligada, antes o después del paseo; a las cinco me retiro; me visto para la reunión; a las seis como; a las siete voy a una tertulia con la señora de Chateaubriand, o recibo a algunas personas en mi casa. A eso de las once me acuesto o vuelvo al campo, a pesar de los ladrones y de la *malaria*. ¿Qué hago allí? Nada: escucho el silencio; y miro cómo pasa mi sombra de pórtico en pórtico o a lo largo de los acueductos, alumbrados por la luna.

»Los romanos se han acostumbrado tanto a mi vida *metódica*, que les sirvo para saber las horas. Ya pueden darse prisa, pues pronto habrá terminado la vuelta del cuadrante.»

A la señora de Recamier.

«Roma jueves 8 de enero de 1829.

»Soy muy desgraciado: desde el tiempo más hermoso del mundo, hemos pa-

sado a las lluvias; de manera que no puedo dar ya mis paseos. Ese era, no obstante, mi único momento bueno del día. Me paseaba pensando en usted por estos campos desiertos, que ligaban en mis sentimientos lo futuro y lo pasado. Porque en otros tiempos hacía también los mismos paseos. Una o dos veces por semana voy al sitio donde se ahogó la inglesa: ¿quién se acuerda hoy de aquella pobre joven, miss Bathurst? Sus compatriotas galopan a lo largo del río sin pensar en ella.

»Debo referir a usted una historietita de mi último *martes*. Había en la embajada un gentío inmenso, y yo estaba de pie, recostado de espaldas contra una mesa de mármol, saludando a las personas que entraban y salían. Una inglesa, a quien no conocía ni de vista ni de nombre, se me aproximó, y mirándome al entrecejo, me dijo con ese acento que usted sabe: «¡ Señor de Chateaubriand, es usted muy desgraciado!» Sorprendido del apóstrofe y de aquella manera de entrar en conversación, le pregunté qué era lo que quería decir. «Quiero decir — me contestó—, que le compadezco.» Y al decir esto se agarró del brazo de otra inglesa, perdiéndose entre la multitud, y no la volví a ver en el resto de la noche. Aquella extranjería no era joven ni bonita: no obstante, le agradezco sus palabras misteriosas.

»Los periódicos continúan ocupándose de mí con tenacidad. No sé qué mosca les pica. Debía yo estar tan olvidado como deseo.

»Escribo al señor Thierry por el correo. Está en Hyères bastante malo. Ni una palabra en contestación al señor de la Bouillerie.»

Al señor Thierry.

«Roma, 8 de enero de 1829.

»He tenido gran placer al recibir la nueva edición de sus *Cartas*, con una palabra que prueba que ha pensado usted en mí. Si esa palabra fuera de su mano, esperaría, en bien de mi país, que sus ojos volvieran a abrirse a los estudios de que su talento saca tan maravilloso partido. Leo, o más bien, recorro nuevamente con avidez esa obra demasiado corta, y voy doblando todas las hojas a fin de recordar mejor los pasajes en que me quiero apoyar. Mucho le habré de citar, caballero, en los trabajos que pre-

paro hace tantos años sobre las dos primeras razas.

»Pondré a cubierto mis ideas y mis investigaciones detrás de su elevada autoridad; frecuentemente adoptaré su reforma de nombres, y, por último, tendré la fortuna de ser casi siempre de su opinión, separándome, aunque bien a mi pesar, del sistema propuesto por el señor Guizot; pero yo no puedo, con este ingenioso escritor, derribar los monumentos más auténticos, haciendo de todos los francos *nobles* y *hombres libres*, y de todos los romanos-galos *esclavos de los francos*. La ley sálica y la ley ripuaria tienen una porción de artículos fundados en la diferencia de condiciones entre los francos: *Si quis ingenuus ingenuum ripuarium extra solum vendiderit*, etcétera, etc.

»Ya sabe usted, caballero, que le deseaba con ansia en Roma. Nos sentaríamos sobre ruinas, y allí me enseñaría la historia: discípulo ya viejo, habría yo escuchado a mi joven maestro con el solo pesar de no tener ante mí bastantes años para aprovecharme de sus lecciones:

«Tal es la suerte del hombre; se instruye con la edad; pero, ¿de qué le sirve ser sabio, cuando tiene tan cercano el fin?»

»¿Estos conceptos son de una oda inédita, compuesta por un hombre que ya no existe, por mi antiguo y buen amigo Fontanes. De manera, caballero, que todo me anuncia, entre los escombros de Roma, lo que he perdido, el poco tiempo que me queda, y la brevedad de esas esperanzas que tan largas me parecían en otro tiempo: *spem longam*.

»Esté persuadido, caballero, de que nadie le admira más que es más afecto que su servidor,

»CHATEAUBRIAND.»

DESPACHO AL CONDE DE LA FERRONNAYS. — CARTAS A LA SEÑORA RECAMIER

«Roma, 12 de enero de 1829.

»Señor conde: He visto al papa el 2 de este mes, y ha tenido la bondad de retenerme en su compañía por espacio de hora y media. Voy a referir a usted la conversación que he tenido con Su Santidad.

»En primer lugar se ha tratado de Francia. El papa ha empezado a hacer los más sinceros elogios del rey. «En nin-

guna época — dijo — ha presentado la familia real de Francia un cuadro tan completo de distinguidas cualidades y de virtudes. Ahora se halla restablecida la calma entre el clero, y los obispos han hecho su sumisión.

»—Esta sumisión — contesté — es debida, en parte, a las luces y a la moderación de Vuestra Santidad.

»—Yo sólo he aconsejado — respondió el papa — hacer lo que me parecía razonable. Lo espiritual no estaba comprometido por las ordenanzas; los obispos habrían hecho, quizá, bien en no escribir su primera carta; pero, después de haber dicho *non possumus*, no era fácil retroceder. En el momento de su adhesión han tratado de que no aparecieran sus acciones y su lenguaje sino en la menor contradicción posible. Es preciso perdonarlos. Son hombres piadosos, muy adictos al rey y a la monarquía; pero tienen sus debilidades como todos los hombres.»

»Todo esto, señor conde, lo decía el papa en francés, muy clara y correctamente.

»Después de haber dado gracias al Santo padre por la confianza que me dispensaba, le he hablado con mucha consideración del cardenal secretario de Estado.

»—Le he elegido — me replicó—, porque ha viajado mucho; porque conoce los negocios generales de Europa, y porque me ha parecido tener la especie de capacidad que exige su posición. Además, respecto a vuestras ordenanzas, no ha escrito más que lo que yo pensaba y le ordenaba escribir.

»—¿Podría comunicar a Vuestra Santidad—he preguntado—mi opinión sobre la situación religiosa de Francia?

»—Me proporcionaréis un verdadero placer—ha respondido el papa.»

»Suprimo algunos cumplimientos que Su Santidad tuvo a bien dirigirme.

»—Pienso, pues, santísimo padre, que el mal proviene de un error del clero; porque en vez de apoyar las nuevas instituciones, o al menos guardar silencio acerca de ellas, dejó escapar palabras de vituperio, por no decir más, en sus discursos y pastorales. La impiedad, que no sabía de qué acusar a los ministros de la Iglesia, recogió estas palabras, haciendo de ellas un arma, y gritando que el catolicismo era incompatible con el establecimiento de las libertades públicas, y que había guerra a muerte entre la Carta y los sacerdotes. Con una conducta distinta, nuestros eclesiásticos habrían

obtenido de la nación todo lo que hubieran querido. En Francia hay un gran fondo de religión y una visible inclinación a olvidar nuestras antiguas desgracias al pie de los altares; pero también existe una verdadera adhesión a las instituciones dadas por el hijo de San Luis. Es imposible calcular el grado de poder a que habría llegado el clero si se hubiera mostrado a la vez amigo de la religión y de la Carta. Yo he proclamado sin cesar esta política en mis escritos y en mis discursos; pero las pasiones del momento no permitían entenderlos, y me tomaban por un enemigo.

»El papa me escuchó con la mayor atención.

»—Participo de vuestras ideas — me dijo, después de un instante de silencio—. Jesucristo no se ha pronunciado sobre la forma de los gobiernos. *Dad al César lo que es del César*, sólo quiere decir: «Obedeced a las autoridades constituidas.» La religión católica ha prosperado igualmente en medio de las repúblicas que en el seno de las monarquías; hace hoy inmensos progresos en los Estados Unidos, y reina exclusivamente en las Américas españolas.»

»Estas palabras son muy notables, señor conde, en el momento mismo en que la corte de Roma se inclina bastante a preconizar a los obispos nombrados por Bolívar.

»El papa prosiguió:

»—Ya veis cuán grande es la afluencia a Roma de extranjeros protestantes; su presencia es muy conveniente al país, no sólo por la utilidad que reporta, sino también por otro concepto: los ingleses llegan aquí con las más extrañas ideas sobre el papa y el papado, el fanatismo del clero y la esclavitud del pueblo; mas, apenas están dos meses entre nosotros, se desvanecen sus preocupaciones. Ven que no soy más que un obispo como otro cualquiera; que el clero romano no es ni ignorante ni perseguidor, y que mis vasallos no son bestias de carga.»

»Animado por la especie de efusión del corazón con que hablaba el papa, y deseando ensanchar el círculo de la conversación, dije al soberano pontífice:

»—¿Pensaría Vuestra Santidad que es llegado el momento de reconstruir la unidad católica y de reconciliar a las sectas disidentes por medio de algunas concesiones de poca entidad acerca de la disciplina? Las preocupaciones contra la corte de Roma van desapareciendo en to-

das partes, y no hace mucho que la obra de la reunión fué intentada por Leibnitz y Bossuet.

»—Esta es una gran cosa — me contestó—; pero yo debo esperar el instante fijado por la Providencia. Convengo en que las preocupaciones desaparecen; la división de las sectas en Alemania ha producido la laxitud de estas sectas. En Sajonia, donde he vivido tres años, he sido el primero que ha hecho establecer un hospicio de expósitos y que ha obtenido el que éste fuera servido por católicos. Entonces se elevó entre los protestantes un clamor general contra mí: ahora estos protestantes son los primeros que aplauden el establecimiento y lo dotan. El número de católicos aumenta en la Gran Bretaña; es verdad que en él se cuentan muchos extranjeros.

»El papa guardó un momento de silencio, y yo me aproveché de él para entablar la cuestión de los católicos de Irlanda.

»—Si la emancipación se verifica — dije—, la religión católica se extenderá aún más en la Gran Bretaña.

»—Es cierto, considerada la cuestión por un lado — replicó Su Santidad—; pero, por otro, tiene también sus inconvenientes. Los católicos irlandeses son muy ardientes y muy poco considerados. O'Connell, aunque hombre de mérito, ¿no ha llegado hasta decir en uno de sus discursos que se hallaba pendiente un concordato entre la Santa Sede y el gobierno inglés? No hay nada de eso, y, semejante aserción, que puedo contradecir públicamente, me ha causado mucha pena. Así, para lograr la reunión de los disidentes, es preciso que las cosas estén en su punto, y que el mismo Dios acabe su obra. Los papas no pueden hacer más que esperar la manifestación de la voluntad divina.»

»No era tal mi opinión, señor conde; pero si me interesaba hacer conocer al rey la del Santo padre sobre un asunto tan grave, no me tocaba combatirla.

»—Es la pura verdad, santísimo padre; pero ya veis lo que dice la *Gaceta de Francia*, puesto que Su Santidad lee todos los diarios franceses, sin exceptuar ni aun *El Correo*; el soberano pontífice me trata, no obstante, con una bondad extremada: debo, pues, creer que la *Gaceta* no le hace mucho efecto.»

»El papa volvió la cabeza y se sonrió.

»—Pues bien, santísimo padre, lo mismo que a Vuestra Santidad, sucede a

otros muchos; si el diario dice la verdad, queda en pie: si no la dice, como si nada hubiera dicho. El papa debe esperar oír muchos discursos durante las sesiones del Parlamento; la extrema derecha sostendrá que monseñor el cardenal Bernetti no es un sacerdote, y que sus cartas sobre la ordenanza no son artículos de fe, en tanto que la extrema izquierda declarará que no había necesidad de tomar órdenes de Roma. Por su parte, la mayoría aplaudirá la deferencia del consejo del rey, alabando altamente el espíritu de sabiduría y de paz de Vuestra Santidad.»

»Esta breve explicación pareció agradar al Padre santo, quien se ha manifestado contento de hallar a alguien instruido del engranaje de nuestra máquina constitucional.

»En fin, señor conde; pensando que no desagradaría al rey y a su consejo conocer el pensamiento del papa sobre la cuestión actual de Oriente, repetí algunas noticias de los periódicos, por no estar autorizado para comunicar a la Santa Sede la noticia que me había usted dado en su despacho del 18 de diciembre sobre el llamamiento de nuestra expedición de la Morea.

»El papa no vaciló en responderme, y me ha parecido alarmado de que imprudentemente se haya enseñado la disciplina militar a los turcos. Estas son sus propias palabras:

»—Si los turcos son ya capaces de resistir a Rusia, ¿cuál no será su poder cuando hayan obtenido una paz gloriosa? ¿Quién podrá impedirles que, después de cuatro o cinco años de descanso y de perfección en su nueva táctica, se lancen sobre Italia?»

»Se lo confesaré a usted, señor conde; al hallar estas ideas y estas inquietudes en la cabeza del soberano que más expuesto se encuentra a sentir la influencia del error cometido, me he felicitado de haberle manifestado a usted más detalladamente en mi *Nota sobre la cuestión de Oriente* las mismas ideas y los mismos temores.

»—Sólo una firme resolución de parte de las potencias aliadas — ha añadido el papa—, puede evitar las desgracias con que amenaza el porvenir. Francia e Inglaterra están aún en tiempo de resolver; pero si se empieza una nueva campaña, el fuego puede comunicarse a Europa, y entonces será demasiado tarde para extinguirlo.

»—Reflexión tanto más justa — he replicado yo—, cuanto que si Europa se dividiese, lo que Dios no quiera, cincuenta mil franceses que penetraran en Italia lo pondrían todo en orden nuevamente.»

»El papa no contestó; pero me ha parecido que la idea de ver a los franceses en Italia no le inspiraba ningún temor. En todas partes están cansados de la inquisición de la corte de Viena, de sus manejos, de sus usurpaciones continuas y de sus intrigas para unir, en una coalición contra Francia, a los pueblos que detestan el yugo austriaco.

»Tal es, señor conde, el resumen de mi larga conversación con Su Santidad.

»Las simpatías del papa hacia Francia son evidentes: cuando empuñó las llaves de San Pedro pertenecía a la facción de los *zelanti*: ahora busca su fuerza en la moderación: esto es lo que enseña siempre el ejercicio del poder. Por este motivo no es amado de la facción cardenalicia, a quien ha abandonado. No habiendo encontrado ningún hombre de talento en el clero secular, ha elegido sus principales consejeros en el clero regular; por lo que los frailes están a su favor, al par que los preladados y los simples sacerdotes le hacen cierta oposición. Cuando llegué a Roma, éstos estaban prevenidos por las mentiras de nuestra congregación; hoy son mucho más razonables y todos censuran la conducta de nuestro clero. Es digno de notarse que los jesuitas tienen aquí tantos enemigos como en Francia: sus principales adversarios son los demás religiosos y los jefes de las órdenes. Los jesuitas organizaron un plan para apoderarse exclusivamente de la instrucción pública en Roma; pero los dominicos lo frustraron. El papa no es muy popular, porque administra bien. Su reducido ejército se compone de antiguos soldados de Napoleón, que tienen un aire muy militar, y vigilan muy bien las carreteras. Si Roma ha perdido, bajo el aspecto pintoresco, ha ganado en limpieza y salubridad. El sumo pontífice hace plantar árboles y arrestar a los ermitaños postulantes y a los mendigos, lo que es un nuevo motivo de queja para el populacho. León XII es muy trabajador, muy frugal, y duerme poco. De las aficiones de su juventud no conserva más que una, la de la caza, que es, además, necesaria para su salud, que parece débil, y que ejercita en el vasto recinto de los jardines del Vaticano. Los *zelanti* no le

perdonan este inocente entretenimiento. Por último, se acusa al papa de debilidad y de inconstancia en sus afecciones.

»El vicio radical de la constitución política de este país es fácil de notar: son los ancianos que nombran por soberano a un anciano como ellos. Este, cuando llega al poder, nombra a su vez cardenales ancianos. Girando en este círculo vicioso, el poder supremo enervado se encuentra siempre al borde de la tumba. El príncipe no ocupa nunca el trono el tiempo suficiente para ejecutar los planes de mejora que puede haber concebido. Sería preciso que un papa tuviera bastante resolución para hacer de una vez una gran promoción de cardenales jóvenes, suficiente para asegurar la mayoría a la elección de un pontífice joven. Pero los reglamentos de Sixto V, que sólo confieren el capelo a los que desempeñaron cargos en palacio, la fuerza de la costumbre, los intereses del pueblo, que recibe ciertas gratificaciones a cada traslación de la tiara, la ambición individual de los cardenales, que quiere reinados breves a fin de aumentar las probabilidades de obtener el papado, y otros mil obstáculos largos de referir, se oponen al rejuvenecimiento del Sacro Colegio.

»La conclusión de este despacho, señor conde, es que actualmente el rey puede contar por completo con la corte de Roma.

»Prevenido contra mi manera de ver y de sentir, si de algo tengo que reconvenirme en la relación que tengo el honor de transmitirle, es de haber debilitado, más bien que exagerado, la expresión de las palabras de Su Santidad. Mi memoria es bastante fiel: al salir del Vaticano he escrito esta conversación, y mi secretario privado no ha hecho más que copiarla textualmente de la minuta extendida por mí. Trazada ésta rapidísimamente, apenas podía leerla yo mismo, y usted no hubiera podido entenderla (1).

»Tengo el honor de ser, etc.»

A la señora Recamier.

Roma, martes 13 de enero de 1829.

»A las ocho de la noche de ayer escribí a usted la carta que le entregará el señor de Viviers, y hoy, al despertar,

(1) Poco tiempo después de la fecha de este despacho partió para Italia a restablecerse de una enfermedad el señor de La Ferronnays, dejando encargado interinamente del ministerio de Estado al señor de Portalis.

me pongo de nuevo a escribirle por el correo ordinario, que saldrá al mediodía. Usted conoce a las pobres señoras de Saint-Denis; están muy abandonadas desde la llegada de las grandes señoras de la Trinité-du-Mont; sin ser enemigo de éstas, me he puesto de parte de la señora de Ch... de parte del débil. Hace un mes que las señoras de Saint-Denis deseaban celebrar una fiesta para obsequiar al señor *embajador* y a la señora embajadora, fiesta que tuvo lugar ayer. Figúrese un teatro arreglado en una especie de sacristía, que tenía una tribuna sobre la iglesia, y por actores a una docena de niñas de once a catorce años, que representaron *Los Macabeos*. Ellas mismas habían confeccionado sus cascós y sus mantos, y declamaban los versos franceses con un tono y un acento italiano lo más extraño del mundo, golpeando el suelo con el pie en los pasajes enérgicos. Entre ellas había una sobrina de Pío VII, una hija de Torwaldsen y otra del pintor Chauvin. Las niñas estaban lindísimas con sus adornos de papel. La que representaba al gran sacerdote llevaba una barba negra que le gustaba, pero que le picaba, lo cual le obligaba a arreglarla a cada instante con su blanca manecita de trece años. Todos los espectadores se reducían a nosotros, algunas madres, las religiosas, la señora Salvage, dos o tres clérigos y unas veinte pensionistas vestidas de blanco, con velo. Yo hice que llevaran el fresco de la embajada. En los entreactos se tocaba el piano. Juzgue las esperanzas y las alegrías que han debido preceder a esta fiesta en el convento, y los recuerdos que dejará. Terminó por el *Vivat in æternum*, cantado por tres religiosas en la iglesia.»

A la misma.

«Roma, 15 de enero de 1829.

»Otra vez le escribo. Esta noche hemos tenido viento y lluvia, como en Francia: me figuraba que agitaban su ventana, y me creía transportado a su cámara. En ella veía su arpa, su piano, sus pájaros. Usted tocaba su aire favorito o el de Shakespeare. ¡Y, sin embargo, estaba en Roma, lejos de usted! ¡Cuatrocientas leguas, y los Alpes por medio, nos separaban!

»He recibido una carta de aquella dama de talento que fué algunas veces a

verme al ministerio. Juzgue de la manera con que me hace la corte esta turca rabiosa. Indudablemente Mahmud es un gran hombre, que ha adelantado a su nación.

»Esta Roma, en medio de la cual estoy, debería enseñarme a despreciar la política. Aquí han sucumbido lo mismo la libertad que la tiranía: he visto confundidas las ruinas de la república romana y del imperio de Tiberio. ¿Qué es hoy todo esto más que un mismo polvo? El capuchino que al andar barre con su hábito este polvo, ¿no parece hacer más perceptible aún la vanidad de tantas vanidades? No obstante, yo pienso, a mi pesar, en los destinos de mi pobre patria. Quería darle la religión, la gloria y la libertad, sin pensar en mi impotencia para ceñirle esta triple corona.»

A la misma.

«Roma, jueves 5 de febrero de 1829.

»*Torre Vergata* es un asilo de monjes, situado a una legua casi del *sepulcro de Nerón*, a la izquierda, como se viene de Roma, en el sitio más hermoso y más solitario de las cercanías: en este sitio hay una gran cantidad de minas a flor de tierra, aunque cubiertas de hierbas y de cardos. Al dejar de escribir a usted, el martes, comencé allí una excavación en compañía de Jacinto y de Visconti, que la dirigen. Una docena de hombres, armados de palas y azadones, desenterrando sepulcros y escombros de casas y de palacios en medio de la más profunda soledad, ofrecen un espectáculo digno de usted. Yo no hacía más que un voto: el de que se hallase usted allí. Consentiría de buena gana en vivir con usted, bajo una tienda de campaña, en medio de estas ruinas.

»Yo mismo puse manos a la obra, y he descubierto fragmentos de mármol: los indicios son excelentes, y espero encontrar algún objeto que me indemnice del dinero que he perdido en esta lotería de los muertos. Ya tengo un trozo de mármol griego bastante grande para hacer el busto del Poussin. Esta excavación será el término de mis paseos; todos los días voy a sentarme en medio de estas ruinas. ¿A qué siglo y a qué hombres pertenecen? Tal vez removemos el polvo más ilustre sin saberlo. Una inscripción vendrá quizá a ilustrar algún hecho histórico, a destruir algún error, a estable-

cer alguna verdad. Y luego, cuando yo parta con mis doce aldeanos medio desnudos, todo volverá al silencio y al olvido. ¿Representan estas ruinas todas las pasiones, todos los intereses que se agitaban en otros tiempos en estos lugares abandonados? Allí habría amos y esclavos, felices y desgraciados, bellas personas a quienes se amaba, y ambiciosos que querían ser ministros. Todavía quedan allí algunos pájaros y yo; pero por muy poco tiempo, porque bien pronto emprenderemos nuestro vuelo. Dígame, ¿cree usted que esto vale la pena de ser uno de los miembros del consejo de un reyzeulo de las Galias, yo, bárbaro de la Armórica, viajero entre los salvajes de un mundo que los romanos desconocían, y embajador cerca de los sacerdotes, a quienes se arrojaba a los leones? Cuando llamé a Leónidas en la Laedemonia, no me respondió: el rumor de mis pasos en *Torre Vergata* no habrá tampoco despertado a nadie. Y cuando, a mi vez, me encuentre yo en el sepulcro, no oiré si quiera el sonido de la voz de usted. Es necesario, pues, que me apresure a acercarme a usted y a poner fin a todas estas quimeras de la vida de los hombres. No hay en ella de bueno más que el retiro, ni de verdad más que un afecto como el de usted.»

A la misma.

«Roma, 7 de febrero de 1829.

»He recibido una larga carta del general Guillemín, en la que me hace una lamentable relación de lo que ha sufrido en sus correrías por las costas de Grecia; y, sin embargo, Guillemín era embajador, y tenía grandes buques y un ejército a sus órdenes. Ir, después de marcharse nuestros soldados, a un país a donde no queda ni una casa, ni un campo sembrado, entre algunos hombres errantes y obligados por la miseria a hacerse salteadores, sólo es un proyecto posible para una mujer, para la señora Le normant.

»Yo iré hoy por la mañana a una excavación: ayer encontramos en ella el esqueleto de un soldado godo y el brazo de una estatua de mujer. Esto era encontrar al destructor con la ruina que había causado: así es que tenemos bastante esperanza de hallar hoy el cuerpo de la estatua. Si los restos de arquitectura que descubro tienen algún mérito,

no los derribaré para venderlos en trozos, como se hace por regla general, sino que los dejaré en pie, y llevarán mi nombre. Son del tiempo de Domiciano. Hemos encontrado una inscripción que nos lo indica. Es la mejor época de las artes romanas.»

DESPACHOS AL CONDE DE PORTALIS. — CARTAS A LA SEÑORA DE RECAMIER. — CONTINUACIÓN DE LA EMBAJADA EN ROMA.

Muerte de León XII.

«Roma, lunes 9 de febrero de 1829.

»Señor conde: Su Santidad ha sido atacado súbitamente del mal habitual que padece, y su vida se halla en el mayor peligro. Se ha dado orden de cerrar todos los espectáculos. En este momento salgo de casa del cardenal secretario de Estado, que también se encuentra enfermo, y que desespera de la vida del papa. La pérdida de este soberano pontífice, tan sabio y tan moderado, sería, en los momentos actuales, una verdadera desgracia para la cristiandad, y particularmente para Francia. He creído, señor conde, que interesaría mucho al gobierno del rey estar advertido de este acontecimiento probable, a fin de que pueda tomar las medidas que juzgue oportunas. En su consecuencia, he despachado para Lyon un correo a la ligera. Este correo lleva una carta, que envió al señor prefecto del Ródano, con un despacho telegráfico que transmitirá a usted, y otra carta, que le ruego le mande por la estafeta. Si tenemos la desgracia de perder a Su Santidad, un nuevo correo llevará a usted hasta París todos los detalles de este suceso.

»Tengo el honor, etc.»

«A las ocho de la noche.

»La congregación de cardenales, ya reunida, ha prohibido al cardenal secretario de Estado dar permisos para correr la posta. El correo que había dispuesto enviarle no podrá, por lo tanto, salir hasta después de la partida del correo del Sacro Colegio, en el caso de que ocurra la muerte del papa. He intentado enviar un hombre con mis despachos a la frontera de la Toscana; pero el mal estado de los caminos y la falta de caballos de alquiler han hecho imposible este inten-